

EL SECRETO DE SAN MARTÍN

Estela Arroyo de Sáenz

A la venerada memoria de mis padres y de mi abuela, Sara Villanueva Delgado de Arroyo, nieta de Josefa Álvarez de Delgado, madrina de Mercedes de San Martín, de cuyos labios aprendí cosas que aquí relato. A mi marido y mis hijos; hermanos y amigos, deseando que este sencillo trabajo les ayude a querer cada día más a la Virgen y a la Patria.

ÍNDICE

AUTOBIOGRAFÍA	1
AL LECTOR	2
El alma de San Martín	3
Su vida y su época	4
Primeros años	5
Llegada a la Patria	6
Encuentro de dos grandes almas	7
Momentos decisivos	8
Enfermo ilustre	9
La ínsula cuyana	10
El Ejército de los Andes	11
Entrega del mando	12
Libertad de Chile	13
Desobediencia genial y libertad del Perú	14
¿Y la masonería?	15
Últimos años	16

AUTOBIOGRAFÍA

“Yo serví en el ejército español, en la Península, desde la edad de trece a treinta y cuatro años, hasta el grado de teniente coronel de caballería. Una reunión de americanos, en Cádiz, sabedores de los primeros movimientos, acaecidos en Caracas, Buenos Aires, etc., resolvimos regresar cada uno al país de nuestro nacimiento, a fin de prestarle nuestros servicios en la lucha, pues calculábamos se había de empeñar. Yo llegué a Buenos Aires, a principios de 1812, fui recibido por la Junta Gubernativa de aquella época, por uno de los vocales con favor y por los dos restantes con una desconfianza muy marcada; por otra parte, con muy pocas relaciones de familia, en mi propio país, y sin otro apoyo que mis buenos deseos de serle útil, sufrí este contraste con constancia, hasta que las circunstancias me pusieron en situación de disipar toda prevención, y poder seguir sin trabas las vicisitudes de la guerra por la Independencia. En el período de diez años de mi carrera pública, en diferentes mandos y estados la política que me propuse seguir fue invariable en dos solos puntos, y que la suerte y circunstancias más que el cálculo favorecieron mis miras, especialmente en la primera, a saber, la de no mezclarme en los partidos que alternativamente dominaron en aquella época, en Buenos Aires, a lo que contribuyó mi ausencia de aquella capital por espacio de nueve años.

El segundo punto fue el de mirar a todos los Estados americanos, en que las fuerzas de mi mando penetraron, como Estados hermanos interesados todos en un santo y mismo fin.

Consecuente con este justísimo principio, mi primer paso era hacer declarar su independencia y crearles una fuerza militar propia que la asegurase.

He aquí mi querido general, un corto análisis de mi vida pública seguida en América”.

José de San Martín

Fragmento de una carta enviada por el Libertador al Mariscal Castilla el 11 de setiembre de 1848 desde Boulogne Sur Mer.

AL LECTOR

Hoy más que nunca es necesario conservar el buen hábito de leer, que es como conservar el derecho a ser persona y huir de la masificación. Libros que responden al deseo de Verdad, de Belleza o de Bien que todos tenemos, ensanchan horizontes e introducen en ese universo maravilloso que se abre a los que aman la lectura; serán una ayuda para desarrollar la capacidad de pensar en el niño y lo acompañarán hasta ser un medio de superar la soledad en la edad madura.

Es que los libros son una afirmación de vida interior, una maravilla del espíritu que perdura a través de los siglos, conservando los valores eternos. Ellos nos acompañan dando calidez a las casas y a las vidas; nos permiten el contacto con grandes almas, cuyos mensajes están allí, esperándonos, como amigos silenciosos y fieles. Si no hubieran quedado escritos, cuántos bellos relatos se perderían, no tendríamos lazos de unión con el pasado, seríamos como árboles sin raíces, que cualquier viento derriba.

Estas son las razones que me llevaron a escribir estas líneas, que nacieron hace ya mucho tiempo, a través de los relatos de mi abuela, Sara Villanueva Delgado de Arroyo, nieta a su vez, de Josefa Álvarez de Delgado, que fuera madrina de Merceditas y conoció al "General", como lo llamaba, en su vida diaria y no sólo por sus actos de gobierno. Ella me hizo comenzar a admirar desde mi infancia a nuestro héroe a través de sus relatos, que venían de fuente tan directa.

Somos realmente privilegiados los argentinos, porque podemos mostrar a nuestra juventud un modelo de esa talla. Edad del entusiasmo y de la búsqueda, necesita de alguien a quién admirar y tomar como modelo para salir de la mediocridad, ante tantos falsos ídolos que no ayudan a elevarse, parece necesario rescatar la figura de San Martín, sobre todo, en su grandeza moral.

Los estudios de Historia que pude realizar en la Facultad de Filosofía y Letras no hicieron sino confirmar la admiración que ya le tenía y me hicieron posible reunir datos de historiadores serios, que me permiten entregar este trabajo para la reflexión de todos los argentinos. Espero que contribuya a devolvernos un poco el sentido heroico de la vida y el sentido del deber, a través de quien tuvo y cumplió como lema: "Serás lo que debes ser o si no, no serás nada".

Estela Arroyo de Sáenz

El alma de San Martín

Sería obvio hacer un relato histórico, pues la vida de nuestro héroe máximo es de todos conocida, pero poco se ha visto en él al ser humano con sus dolores, físicos y morales; sus tentaciones de vanidad o de desaliento, a las que tuvo el valor de superar para realizar una gesta única en la Historia. Es apasionante en especial el caso de San Martín, a quien se le ha llamado “el hombre del misterio”, porque muchas de sus actitudes en momentos decisivos no corresponden a los moldes comunes, de otros personajes históricos. Por ejemplo Mitre, el que contó con todo su archivo y su más completo biógrafo, dice: “Después de Chacabuco, desdeñando la ostentación por cálculo, por virtud o por deber...” y termina su valiosa historia del prócer: “Su grandeza moral consiste en que, cualesquiera que hayan sido sus ambiciones secretas, no se le conocen otras que sus designios históricos, en los que tuvo la fortaleza del desinterés, del que es el más noble y varonil modelo; en que supo tener moderación en sus triunfos; en que murió en silencio después de treinta años de olvido, sin debilidad, sin orgullo, sin amargura, porque había visto triunfante su obra, y deprimida su gloria. La posteridad lo ha proclamado grande. Pero es aún un enigma por descifrar. ¿Qué fue? ¿Qué principios le guiaron? ¿Cuáles fueron sus designios? Estas preguntas que se formulan sus contemporáneos ante el héroe en su grandeza, son las mismas que se hacen hoy los que contemplan sus estatuas, que como, esfinges de bronce, guardan el secreto de su vida”. Y Ricardo Rojas, en El Santo de la Espada se pregunta: “Después del desastre de Cancha Rayada, ¿de dónde saca fuerzas este hombre enfermo y derrotado, para obtener, antes de quince días, el triunfo de Maipú?”. Y agrega: “Sería un guerrero como otros, si no hubiera tenido ese espíritu de sacrificio que le hizo no empuñar la espada nunca para conquistar poderío. Hay en él la gloria mayor que la de guerrero, la de haberse vencido a sí mismo renunciando a los honores, ascensos y premios del triunfo; haber domado su carne que no tuvo la fruición del mando ni del dinero, ni de la lujuria como la tuvieron otros vencedores. Más aún, haberse sobrepuesto, a la adversidad cuando se eclipsó su estrella, coronando en su vida el destierro, la soledad, la pobreza, con el caritativo silencio que significó perdonar injurias e ingratitudes” ¹

La renuncia de Guayaquil es otro hecho sin precedentes, que aún no logra explicación definitiva.

Es precisamente todo esto, lo que nos hace penetrar en su alma, pues el obrar es consecuencia del ser. Tal vez no se le comprende a San Martín, cuando no se piensa en él como en un General cristiano, a pesar de que ya se lo dijo Belgrano, su gran amigo que tan a fondo debió conocerlo, en una histórica carta, que el mismo Mitre cita sin reparar en su importancia: “Acuérdese que es usted un General cristiano”.

Porque ser cristiano es precisamente eso: “Hacer misterio, vivir de tal modo, que nuestra vida sin Dios no tendría sentido”². ¿Tiene sentido acaso, el que San Luis, Rey de Francia, coma con mendigos; que Domitila, joven y hermosa sobrina del Emperador Domiciano, prefiera ser devorada por las fieras, a un matrimonio ventajoso; que Santa Rita renuncie a vengar la muerte de su esposo hasta sacrificar por ello, a sus propios hijos?

Puede ser esa la clave de la vida de nuestro Gran Capitán, porque cuando se cree en la trascendencia del hombre, es más fácil vencerse a sí mismo, soportar dolores y agravios, y desdeñar triunfos pasajeros; la vida sirve, no para gozar sino para cumplir la misión que a cada uno se le encomienda. Cesan las ambiciones y el deseo de perpetuarse en la memoria de los hombres, porque en lugar de la simple corona de laureles, se confía en la “corona incorruptible” de la que habló San Pablo.

Su vida y su época

Sería temeraria la tesis de este trabajo si no contáramos, además de la tradición oral, con documentos que permiten seguir el derrotero espiritual de San Martín, sin bien no son numerosos. Es que el alma tiene también sus pudores, y hay algo muy íntimo en esa relación (religio) entre ella y Dios, que no se desea exhibir ante los demás, sobre todo tratándose de un alma masculina. Pero tenemos los testimonios suficientes para ver en él una conducta coherente y cristiana, sobre todo si se lo ubica en su época.

Vivió en principios del siglo XIX, bajo la fuerte influencia de los enciclopedistas franceses cuyas ideas, que hoy parecen trasnochadas, hicieron perder a muchos el sentido sobrenatural, sobre todo entre las clases dirigentes. Se había repetido hasta el cansancio que la religión era para los ignorantes, las mujeres y los niños; a eso se agrega la campaña de desprestigio a la Iglesia encabezada por Voltaire, que terminaba todos sus escritos con la obsesiva frase: “Aplastemos a la infame”. Tal vez nos resulta difícil entender esa mentalidad hoy, cuando esos libros se le caen de las manos a cualquiera y cuyos autores son apenas un recuerdo, mientras la Iglesia cuenta con un Papa de la talla de Juan Pablo II, el hombre que convoca multitudes más numerosas en todo el mundo.

Pero es evidente que a nuestro héroe le tocó vivir momentos muy difíciles para un cristiano, en los que se necesitaba mucho valor para vencer el respeto humano y hacer una pública demostración de fe: ese valor brota sólo de convicciones profundas.

No hay en él un solo acto o escrito que trasunte esa irreligiosidad tan de moda en su época: obró como católico en actos tanto oficiales, como privados, como iremos comprobando, y su moral tanto en la vida pública como en la privada, fue intachable. Que no debió ser fácil, lo deducimos de una carta de Belgrano: “No deje de Implorar a Nuestra Señora de las Mercedes, y nómbrala Generala... acaso se reirá alguno de este mi pensamiento pero no haga caso de esas opiniones... que los resultados le resarcirán de la risa de los mentecatos”³. Además, mostró siempre respeto por los tan desprestigiados Sacerdotes, como lo iremos viendo.

No llegaremos al extremo de decir que fue lo que hoy llamamos un “cristiano comprometido, pero afirmamos con absoluta certeza que fue un hombre de fe, y que actuó como tal, en las opciones que podían ser decisivas en materia de fe o moral. Algunos de sus contemporáneos lo llamaron “un filósofo” porque seguramente notaron en él (sin explicárselo demasiado porque no era corriente en su época), el hecho de tener ideas rectoras en su vida, y el no haber sido nunca infiel a ellas aunque esa fidelidad significara arriesgar popularidad y aun el poder: la austera disciplina de sus ejércitos, donde la oración tenía, además su parte importante, el Estatuto provisional de Lima, poniendo a la religión católica como oficial del estado, la declaración de Generala a la Virgen del Carmen y tantos otros actos de verdadero valor ante el ambiente.

Pero lo que nos induce a asegurar su fe, además de una tradición muy directa de quien gozó de su amistad y lo conoció en su diario vivir en Mendoza, ya que fue la madrina de su única hija, es precisamente su conducta en la vida privada. El bautismo de su hija en la mayor intimidad,

la entrega de su bastón a la Virgen, muchas de sus cartas que hoy se conocen. “Dedique a su amigo media hora cada correo, que Dios y Nuestra Madre y Señora de las Mercedes se lo recompensarán...”

Primeros años

Nacido en un hogar cristiano, pues sus padres eran terciarios dominicos, vemos ya en ellos esa austeridad de vida que será luego el estilo sanmartiniano. Cuenta Mitre que don Juan de San Martín salió pobre de su mandato, después de haber gobernado una de las zonas más ricas del país en aquel tiempo, tanto es así que su viuda, Gregoria Matorras declara “no haber inventario por lo escaso de sus bienes”.

Diez años después pide en su testamento que la entierren en su Parroquia con el hábito de Santo Domingo, declara que ha gastado todo en sus hijos, “para decoro y decencia de su carrera militar”, que Justo Rufino, el mayor, le ha costado muchos maravedíes, pero “puedo asegurar que el que menos costo me ha tenido es el de don José Francisco”. Mujer de gran temple parece haber sido doña Gregoria, y aquellos rosarios en la tarde de la selva misionera, debieron grabarse muy hondo en el alma de nuestro General: los recuerdos de infancia tienen mucha más importancia de la que solemos darles. Cuando, años más tarde, funde el regimiento de Granaderos a Caballo con lo más selecto de Buenos Aires, pedirá que se traigan también soldados de Misiones, y el rosario diario será parte de la vida del ejército, aún en la campaña.

A la edad de ocho años parte con su familia a España e ingresa en el Seminario de Nobles: allí recibirá cultura general y hasta aprenderá danza, lo que le hará actuar con tanta desenvoltura en los salones cuando es necesario. Pero sobre todo, ese amor a la lectura que le hizo viajar siempre con once cajones de libros en su austero equipaje de soldado: entre ellos iban nada menos que veintiocho tomos de una Historia de la Iglesia ⁴.

A los once años ingresa en el Ejército y lucha en África, los Pirineos, Portugal y por mar contra Inglaterra. Su actuación es brillante y a los 16 años ya es Capitán Segundo en Cádiz. Le toca vivir la invasión francesa en España y en un motín callejero es asesinado el General Solano en su presencia: cuando quieren hacer lo mismo con él, se refugia en un nicho público, en el que había una imagen de Nuestra Señora, por lo que un sacerdote que se hallaba en el lugar dijo a la turba: “no hagáis daño a quien se ha acogido bajo la protección de la Madre de Dios” ⁵.

Más tarde, será uno de los héroes de la batalla de Bailén, por lo cual, recibe menciones y medallas.

Pero tal vez más importante para su vida futura, es un rosario hecho con madera del Huerto de los Olivos, que le regala la hermana de la Caridad que asiste sus heridas. Se conserva en el Museo de los Granaderos a Caballo y sobre eso escribe el Coronel Olazábal: “San Martín lo usaba siempre y hasta en ocasiones lo vi suspendido a su cuello como un escapulario. En 1820 me presenté a la revista de Rancagua a pesar de hallarme todavía enfermo: el general me abrazó y me regaló su rosario...” ⁶. Asombra pensar que desde Bailén en 1808, a Rancagua 1820, han pasado nada menos que doce años de fidelidad a esa fragua de cristianos: de recitar avemarías y contemplar misterios, en medio del diario trajín de viajes, batallas, triunfos y dificultades.

Llegada a la Patria

En 1812, viene a Buenos Aires, a ponerse al servicio de la revolución, pues cree, como lo expresa en varias cartas, que “Dios ve con horror la opresión americana”.

“Ya ha cumplido con la madre patria, opina Mitre, luchado contra moros, portugueses, ingleses y franceses, por tierra y por mar. Conoce bien la estrategia, la necesidad de disciplina (¿tal vez el recuerdo de los motines callejeros?) y la fuerza de las guerras nacionales”.

Pero sobre todo, trae el espíritu de la España del Cid y de los Reyes Católicos, en ese momento dejado a un lado por los monarcas de turno; es la España eterna, con su sentido trascendente de la vida, asimilado por él en esos ejércitos de valientes que rezan a la Inmaculada. Trae también grabada en su alma la tradición de su familia, cuyo lema es la frase de Santa Teresa: “Vivir se debe la vida de tal suerte, que viva queda en la muerte”. Más tarde elegirá el suyo, sacado quizás de sus recuerdos de infancia y las misiones jesuíticas: “serás lo que debas ser o si no, no serás nada”.

Al poco tiempo de su llegada a Buenos Aires, se casa con Remedios Escalada, hija de don José de Escalada, cuyos salones eran muy frecuentados por los patriotas. La ceremonia fue según el Concilio de Trento, por palabras -de presente-, y días después se dio a los contrayentes las bendiciones, una vez que hubieron comulgado, en la solemne misa de velaciones⁷. Según los libros, consta que sólo un treinta por ciento comulgaba el día de su casamiento, ya que no es parte integrante de la ceremonia; pero el que cree en la Presencia de Cristo en la Eucaristía, desea poner un poco de eternidad en el amor, para que no quede en la pequeñez de lo humano. Y fue el de ambos amor grande, generoso y sacrificado como lo exigieron las circunstancias. Remedios, con sólo 17 años supo ser la esposa y amiga.

En esa época comienza a organizar los Granaderos a caballo, con inquietudes que van más allá de la disciplina militar: “después de diana, se rezaban las oraciones de la mañana y en la noche, el rosario todos los días, dirigidos en cada Compañía por el sargento de semana. Los domingos y días de fiesta todo el Regimiento asistía a la Santa Misa, y estas prácticas se han observado aun en campaña”⁸. Para velar por la moral de la tropa, “evitando el espionaje que degrada, planteó algo más eficaz y sencillo: una especie de tribunal de vigilancia formado por los mismos oficiales, en el que ellos mismos eran celadores, fiscales y jueces. Eran delitos: desde agachar la cabeza en acción de guerra, no ayudar a un compañero en peligro, hasta presentarse, en público con mujeres de mala fama, abusar de la bebida y muchas otras⁹

Con cierta razón, Ricardo Rojas compara, extrañado, el cuartel con un monasterio.

Llega el combate de San Lorenzo: el famoso Convento en el que se refugia San Martín, pertenece a Sacerdotes franciscanos españoles, pero eso no será obstáculo para el General, que sabe tratar con el debido respeto a los sacerdotes, como ya lo adelantáramos. Surge de allí una amistad profunda, que lo lleva, a su regreso a obtener para ellos carta de ciudadanía para evitarles molestias, y se los comunica en una carta que se guarda en el Convento, y que termina: “dígame a esos virtuosos sacerdotes, que los amo de todo corazón”.

En el parte de la victoria, no menciona su admirable estrategia, sino que elogia a sus subordinados y en especial, al Capellán Julián Navarro que asiste a los heridos en el campo de batalla.

En el libro correspondiente, figuran además, las Misas que encarga oficiar, por los soldados muertos en combate, delicadeza de caridad cristiana que pasó inadvertida, pero que figura en los archivos del Convento.

Este gesto, como tantos otros, que no fueron conocidos en su época, son suficientes para desmentir la idea de que su religiosidad fuera para ganarse la voluntad de cierto sector de la población.

Encuentro de dos grandes almas

Después de Vilcapugio y Ayohuma, San Martín debe hacerse cargo del Ejército del norte, por habérselo pedido encarecidamente Posadas. “Tenga a bien tomar el mando de ese ejército que indispensablemente ha de confiarle el Gobierno. Excelente será el desgraciado Belgrano, acreedor de la gratitud de sus compatriotas, pero lo exige el bien del país, que ahora cargue usted con esa cruz”.

De la nobleza y patriotismo de ambos, surgirá una amistad que durará para siempre, porque está basada en sentimientos hondos y en comunidad de ideales; recuerda esos “encuentros” de los que habló Gabriel Marcel. No puede ser simple coincidencia el que ambos fueran católicos y devotos de la Virgen, y se deben haber apoyado mutuamente en medio del ambiente indiferente y hostil que los rodeaba. Las grandes amistades, lo dijo Maritain, pueden dar la clave de una vida.

Las páginas del Capítulo VI, en las que Mitre relata el encuentro y estadía de ambos en el Norte, emocionan por la grandeza del alma de nuestros dos héroes máximos: se respira en él, atmósfera de costumbres. Pocos países pueden presentar a su juventud tan grandes ejemplos.

San Martín no quiere humillar al vencido y le escribe antes de su llegada para reconfortarlo: “puede que estos golpes hagan a muchos abrir los ojos”; Belgrano le contesta con alegría de saber que vendrá a reemplazarlo; “vuele, si es posible, la patria necesita su esfuerzo, sé que con Ud. se salvará... no tendré mayor satisfacción que el día en que logre estrecharle entre mis brazos”. Y llegó el famoso día de Yatasto. El General viene como subordinado, y sólo ante la insistencia toma el mando; Belgrano lo llama “su maestro”, y hay muchos episodios en los cuales es hecho respetar por él. Con la partida a Buenos Aires, ya no se volverán a ver estos dos hermanos en las armas y en la fe, pero continuará la comunicación entre ellos con cartas de alma a alma, llenas de confidencias y buenos consejos: “No olvide los escapularios para la tropa... acuérdesse que Ud. es un General cristiano, apostólico, romano... la guerra no sólo debe hacerse con las armas sino con la opinión, afianzándose ésta en las virtudes morales y cristianas; acuérdesse siempre que es Ud. un General cristiano y cuide que ni en las conversaciones más triviales se falte el respeto a nuestra santa religión”.

La primera proclama de San Martín en el Norte llena de delicadeza, levanta los ánimos: soldados valientes de la patria ¡yo admiro vuestros esfuerzos, quiero acompañaros en vuestros trabajos, para tomar parte en vuestras alegrías! ¡La Patria está en peligro, vamos pues, soldados a salvarla!

Dado el estado de la tropa, desobedece al gobierno reteniendo dinero para curar heridos; cuando se lo comunica a Posadas le da su aprobación, agregando que lo hace “aunque yo quede como un cochino”.

Momentos decisivos

En esa época tiene ya nuestro héroe la intuición de que la guerra no debe seguirse por el Norte, cuando un vómito de sangre le obliga a dejar ese lugar y retirarse a Córdoba. Se aloja en casa del Dr. Pérez Bulnes, en Saldán, donde hay un oratorio dedicado a la Virgen del Carmen. El General rezaba largas horas ante ella, tanto es así, que fue el regalo que le hizo el generoso dueño de casa con motivo de su partida ¹⁰.

¿Será a raíz de ese encuentro que eligió la advocación del Carmen y no de las Mercedes, como le aconsejaba Belgrano? Nunca sabremos lo que habrá meditado nuestro gran capitán en esos momentos de soledad que ayudan al encuentro consigo mismo y a pensar en profundidad: quedarán siempre como un secreto de amor entre su alma y Dios. Pero deben haber sido muy importantes porque de allí lo vemos salir con la idea clara de lo que será su misión, y la cumplirá a pesar de su poca salud y de lo titánico de la empresa.

Enfermo ilustre

Así se lo ha llamado por haber sido víctima desde muy joven, de graves enfermedades: “nuestro héroe ha vivido muriendo, pero sus enfermedades no lo anulan, sino que se muestra más grande en sus males y recio en su infortunio; su mente florece con más brillo y profundidad después de cada uno de sus mortificantes achaques.

La historia clínica, que ha sido estudiada por la Cátedra de Historia de la Medicina de la Universidad de Buenos Aires, da resultados que nos asombran. Procesos infecciosos, asma, reumatismo, gota, úlcera, disnea, gastritis, insomnio, manifestaciones nerviosas, y otras que omitimos para no alargarse. A esto se suman las heridas de los combates. Desde la capital al Norte, ha debido atravesar ciento ochenta leguas a caballo en un zarandeo infernal, que ha molido sus riñones y su intestino, herida que conservará siempre, y que convertirá en tortura al cabalgar. Está enflaquecido y débil, pero fuerte de ánimo; poco después sufre el vómito de sangre, cuyo diagnóstico es hemoptisis, y que será seguido de muchos otros.

Tal vez lo que más le hizo sufrir, fue su úlcera, que no le permitía comer casi nunca sin levantarse de la mesa por los agudísimos dolores. Parece sobrehumano pensar que en tres años pasó siete veces la cordillera, con las articulaciones dolorosas e hinchadas por el frío, a veces transportado en catre de campaña por no poder tenerse en pie, y comiendo lo que se podía, ese famoso “charque” que era lo menos indicado para su úlcera¹¹. Los héroes necesitan tener salud robusta, dice Mitre, para sobrellevar fatigas y dar a sus soldados ejemplo de fortaleza en medio del peligro, pero hay héroes que se han sobrepuesto a sus miserias por la energía de su espíritu: a esta raza de inválidos heroicos pertenecía San Martín.

Esta vida que ha sido calificada de prolongada agonía (recordamos el doble significado de falta de salud y lucha, que tiene ágonos, en griego) nos recuerda un poco a la de Teresa de Ávila, sobreponiéndose continuamente a sus dolencias graves, para recorrer los caminos de España fundando conventos. Salvando distancias ¿no sacarían los dos, esa fuerza que supera lo humano, de la misma fuente? Lo que la Medicina no logra explicar, sólo puede tomar sentido por la fe.

La ínsula cuyana

En 1814 llega San Martín a Mendoza como Gobernador: exigente pero a la vez paternal, y dando ejemplo de los sacrificios que pide, es como Sancho en la ínsula Bartaria según Mitre, y conquista moralmente a Cuyo, antes de hacerlo en Chile con las armas. Ha comenzado rechazando la casa que el Cabildo le ofrece, para vivir con sus soldados; cuando ve que la empresa será larga, debe aceptarla para poder hacer venir a su esposa desde Buenos Aires. Dona la mitad de su sueldo, y no acepta ascensos ni regalos: “desde ahora, lujo y comodidad deben avergonzarnos”, asegura. Inicia una vida austera y de trabajo, acompañado por su fiel esposa y amiga, que le ayuda a abrir los corazones de los mendocinos; sus virtudes son del más neto cuño cristiano. Se levanta a las cinco de la mañana y revisa sus papeles, lleva cuenta minuciosa de todo; realiza cada jornada sin perder un minuto cumpliendo menesteres de mayordomo, alcalde, notario, artesano, amigable componedor de las rencillas entre vecinos, y todo cuanto sea necesario para su misión: en esas minucias forjará su grandeza. A veces todo lo cumple desde su lecho de enfermo: la tensión nerviosa, las preocupaciones por la preparación del Ejército, agravan su úlcera; el asma no deja dormir y pasa las noches sentado en su silla. Debe sacarlo todo casi de la nada, Cuyo es pobre y sin industrias, un mensajero a Buenos Aires tarda un mes en volver.

Como por una especie de milagro, hará de pacíficos labriegos, una generación de héroes. Es que tiene una personalidad extraordinaria, lo que hoy llamamos “carisma”. Los que lo conocieron, lo describían como: alto, de líneas proporcionadas y armoniosas, elegante y muy derecho no obstante sus achaques. La hermosa cabeza cubierta de cabellos renegridos y peinados a la izquierda según la moda implantada por los patriotas; rostro moreno, tostado por la selva, los mares y el sol de tres continentes, semblante franco, muy animado y lleno de simpatía. En especial, su vida interior parece resumirse en sus ojos grandes, muy negros, luminosos, “como azabache”, decían entonces. Ojos escrutadores, que sabían penetrar el secreto de los hombres, y por eso supo entenderse tan bien con sus soldados. La voz enérgica, vibrante, acompañaba admirablemente a sus ojos e infundía seguridad y contagiosa resolución: por algo sus soldados lo siguieron ciegamente en esa especie de aventura genial que fue el atravesar una de las montañas más altas del mundo. Armonizando con estas cualidades, su modo de tratar era sobrio y sencillo haciendo accesible a todos, su personalidad indudablemente superior. Sus modales amables y de gran señor, hicieron agradables sus tertulias, en las que, secundado por la simpatía de su esposa, supo ganarse la voluntad de los mendocinos. No se le pasaba por alto ningún detalle.

Se cuenta que en una de sus tertulias una señora tuvo la mala suerte de romper un jarrón, y estaba tan afligida que no había forma de consolarla. El General la invitó a bailar “para que pasara el mal rato” y en una de las vueltas, rompió el jarrón que hacía juego con el otro, comentando sin darle importancia que eso podía pasarle a cualquiera.

Supo contagiar en esas reuniones su entusiasmo por la causa, y los más acaudalados, tanto como los modestos mendocinos le brindaron su apoyo donando al ejército todo lo que tenían: carros, animales, alimentos. La familia Villanueva entregó todos sus esclavos, con lo cual

quedarían libres, y así se quedaron sin mano de obra; es un ejemplo el caso de don José Vicente Zapata, abuelo del que fuera ministro nacional y cuyo nombre lleva una de nuestras calles. Existe aún la carta, que termina diciendo: “Además de los 2000 pesos y los tamangos de que le hablé, igualmente dono a favor del estado, 12 novillos gordos, 12 mulas y 12 caballos que es todo lo que tengo por ahora en mis pobrezas por hallarse fuera de ésta mi tropa. Últimamente viva ya seguro que mi persona y bienes están prontos en servicio de la patria, pues deseo contribuir a la felicidad de tan justa causa. Dios guarde a Ud.”. Barriales, enero 11 de 1816. José Vicente Zapata .

“Cómo, en tan breve espacio de tiempo, se pregunta Mitre, el Gral. San Martín en el más pobre y oscuro rincón del país, sin fuerzas militares ni hazaña ruidosa que señalara, sin dinero, había conquistado este predominio y ascendiente moral.

Manejando hombres y cosas según un plan, es un verdadero genio creador:

Administrador y guerrero, diplomático y político, hace brotar tesoros del suelo que pisa, disciplina voluntades, hace dar a todos el máximo. Y esto sin agotar fuentes productivas, con la colaboración de todos a veces de buena voluntad o con medidas fuertes. Fue como una república de hormigas, dirigida en forma bien pensada, que comenzaba por exaltar el espíritu patriótico de la población. Es entonces cuando las damas, encabezadas por su esposa, recibidas por el Cabildo y en presencia del pueblo, entrega voluntariamente sus joyas, diciendo: “diamantes y perlas estarían mal, en la angustiosa situación de la patria”. Esto estimuló el patriotismo del pueblo¹³.

Pero no todo era economía en su gobierno, sino que velaba por el progreso moral del pueblo: se fomentaba la instrucción pública, se propagaba la vacuna contra la viruela, embellecía la ciudad con paseos como la alameda, tan cara a los mendocinos, se mejoraban los canales de regadío: así se identificaba con la vida civil de la ciudad, que veía en él a un padre a quien amaba y también a un mandatario a quien respetaba con cierto temor. La severa contracción a sus deberes, su conducta austera lo rodeaban de cierto prestigio misterioso. Solo, con muchos amigos pero ningún confidente, él hacía todo y todo lo vigilaba.

Vestía el sencillo uniforme oscuro de granaderos a caballo, apenas realzado por un vivo encarnado y el típico sombrero de hule con la escarapela que sus estatuas han reproducido en bronce. Era infatigable en el trabajo y avaro en el tiempo, que consultaba continuamente en su cronómetro; sus papeles nos asombran al comprobar hasta qué punto se ocupaba personalmente de todo. Parco y sobrio en su mesa, a mediodía se dirigía a la cocina y elegía dos platos: generalmente puchero y asado, y postre de dulce mendocino, que a veces comía de pie, por sus dolores a causa de la úlcera. Daba un corto paseo fumando tabaco negro, y en verano hacía una corta siesta tendido sobre un cuero en el corredor de su casa, pero volvía luego a sus tareas.

Por la tarde, inspeccionaba los establecimientos públicos, y por la noche sus tertulias nunca pasaban de las 10. Después de una ligera colación, continuaba su trabajo por varias horas, ya que, como dijimos, sus dolores a veces no lo dejaban dormir.

A pesar del intenso trabajo y las preocupaciones, será ésta la época más feliz de su existencia, pues pudo hacer la vida de familia que tanto reclamaba su corazón: su recuerdo le acompañará siempre, lo mismo que su amor por Mendoza y sus habitantes y tuvo por mucho tiempo la ilusión de pasar la vejez en su “ínsula cuyana”.

En esta época nace su única hija, que fue bautizada a los tres días de nacer, apenas estuvo repuesta la frágil salud de su esposa. De la ceremonia, que fue muy íntima, conocemos los detalles por la madrina, Josefa Álvarez de Delgado, ligada en estrecha amistad con doña Remedios, y cuyas casas se comunicaban por los fondos, mediante una puerta que había hecho colocar el General. Tanto ella como el padrino, Antonio Álvarez Condarco (también íntimo amigo, que hizo de memoria los planos de la cordillera, en el mayor secreto) fueron llamados con urgencia pues el General mandaba decir que “deseaba que cuanto antes su hija fuera cristiana, y que era el sacramento y no la ostentación lo que le interesaba”.

En un altar preparado en la casa, dos grandes velas de cera ardían ante un Cristo tallado en madera, y allí fue bautizada Mercedes, por el Padre Lorenzo Güiraldez, luego Capellán del Ejército, con la sola presencia de padres y padrinos. Recordando que era costumbre de la época hacer grandes fiestas con motivo de los bautismos, la sencillez e intimidad de la ceremonia es una prueba más de que nuestro héroe conocía y valoraba el Sacramento.

Los problemas mientras tanto, son acuciantes; cuando sube Alvear al gobierno, debe renunciar y mandan en su reemplazo a Perdriel, pero el pueblo entero lo apoya y se reúne en la plaza, lo mismo que en San Juan. En las paredes apareció escrito: “si nos llevan a San Martín se armará la de San Quintín”, pero lo que nos interesa a los fines de este trabajo, es que el Clero en pleno lo apoya, lo que muestra sus buenas relaciones con él. “El Prior de los Dominicos, Matías Castillo; de los Franciscanos, Mariano Sayos; de los Agustinos, José Roco; de los Mercedarios, Pedro Maine. También estaba en la plaza la tropa, sin armas, y su permanencia en el cargo se resolvió por aclamación de todos los presentes” ¹⁴.

Como dato curioso relata Rojas que en 1816, Alvear ha caído en desgracia y le escribe desde Brasil, donde está exiliado, después de haber sido confiscados todos sus bienes: “ignoro el grado de resentimiento en que Ud. pueda hallarse respecto a mí... pero el conocimiento que tengo de sus virtudes me mueven, paisano mío, a escribirle por si tiene algún valimiento con el Gobierno, se empeñe con él, para que me devuelvan mis bienes”. Nuestro General hace la gestión con éxito, ejerciendo así una de las virtudes más difíciles: la de perdonar y además, devolver bien por mal.

El Ejército de los Andes

Llegamos a la difícil preparación del Ejército de los Andes. Espejo es el que mejor detalla la vida del campamento con su rosario diario y la misa dominical y de días festivos, se celebraba con solemnidad en una tienda de campaña forrada en damasco carmesí, traído de Inglaterra; la tropa en el mejor estado de aseo, presidida por el General y todo su Estado Mayor. Había sermón, pero no podía durar más de 30 minutos.

Para que sus soldados tengan posibilidad de confesarse, y como la escasez de sacerdotes era grande, solicita al gobernador Luzuriaga, con fecha 28 de octubre de 1816, que se ocupe de esa necesidad; así se hizo y el ejército contó con los necesarios sacerdotes.

El 31 de mayo de 1815 comenzó en Mendoza una misión de ocho días, predicada por un grupo de sacerdotes; San Martín ordenó que “desde la hora de oración (6 de la tarde), todas las tiendas y pulperías estuvieran cerradas a fin de que los fieles pudieran asistir a los sermones y prácticas de piedad. El que no lo cumpla tendrá 25 pesos de multa”¹⁵.

Al redactar los deberes y penas a los infractores, prohíbe el duelo, tan en boga en esa época, y agrega ese conocido artículo: “a todo aquel que blasfeme contra el santo nombre de Dios o de su adorable Madre, sufrirá, por la primera vez, cuatro horas de mordaza atado a un palo público por el término de ocho días; si lo hace por segunda vez, será atravesada su lengua por un hierro ardiente”¹⁶.

Castigo fuerte, a usanza de la época, pero que revela sensibilidad ante delitos que no perturban la disciplina ni tienen consecuencias prácticas. Evidentemente, le da importancia a la ofensa a Dios; y en cuanto al uso del adjetivo adorable para referirse a su Madre, a pesar de que no es común en léxico de ese tipo de documentos, revela cuánta ternura encierra su recio corazón de soldado.

Es esta época de esfuerzos sobrehumanos y Cuyo le responde con generosidad porque ha ganado su corazón. Trataba a sus oficiales como “mis muchachos”, con afecto de padre y estaba orgulloso de ellos. Jamás humilló a nadie en su dignidad, ni dejó una promesa sin cumplir. Poseía el difícil arte de hablar a cada hombre en su lenguaje: gran señor en las tertulias que ya vimos, se ponía a la altura de paisanos y hasta indios; es conocida su entrevista con ellos en el lugar llamado fuerte de San Carlos.

Los mendocinos guardamos con cariño anécdotas que se repiten de generación en generación y que parece hubieran ocurrido hace poco tiempo, de aquella época de sacrificios y generosidad que respondió a su fuego interior y también a su mano firme.

Hay muchos episodios que surgen en el recuerdo: en el sumario de una chacarera acusada por haber hablado contra la patria, manda sobreseer la sentencia si la acusada entrega al proveedor diez docenas de zapallos que se necesitan para el rancho. Con las lanas existentes y los hilados hechos en las casas, se confeccionaban prendas de abrigo; los niños también colaboraban sacando “hilas” de los géneros usados para sustituir el escaso algodón en la curación de las heridas (aún hoy se usa en el campo o la gente mayor, decir de algo roto: “está

hecho hilas”). Cuando estaba ya para partir el ejército faltaba aún algún calzado para la tropa: se recolectó lo último que quedaba, los trozos de mantas o géneros gruesos, con los que se envolvió los pies de los soldados, llamando “tamangos” a esa envoltura; palabra que designaba también los zapatos muy grandes o rústicos. Ya no había más para dar: la tradición nos dice que sufrieron frío en ese invierno de 1817. Por algo escribe San Martín: “Admira que un país de mediana población y sin recursos, haya podido elevar de su mismo seno un ejército de tres mil hombres, despojándose hasta de sus esclavos, único brazo para la agricultura, fomentar establecimientos de maestranza, armerías, elaborar salitre y pólvora, erogar más de tres mil caballos, siete mil mulas, innumerables cabezas de ganado..., en una palabra, haciendo las fortunas particulares casi del público. ¡La América es libre! Sus enemigos se sentirán vencidos ante virtudes tan sólidas y calcularán por ella el poder unido de toda la nación” ¹⁷.

Muchas anécdotas recuerdan la faceta de su genio. Está la tan conocida de su ademán de entrar al laboratorio con su uniforme que llevaba botas herradas y espuelas; ante la reiterada prohibición del centinela se marcha para volver con traje de brin y alpargatas y con gesto serio, le da una onza de oro como recompensa.

A la mujer de un sargento que pidió gracia para su marido que había incurrido en falta, le contesta al margen de su escrito: “no me entiendo con mujeres”.

Un oficial pide ver, no al General, sino al ciudadano: le relata que ha perdido en el juego la suma destinada al pago de la tropa; le pide devolverla en cualquier trabajo para no deshonorar a la familia. Él saca de su gaveta la suma perdida y se la entrega, diciendo: “váyase tranquilo pero guarde bien este secreto, porque si el General se entera de esto, lo manda fusilar”

A los granaderos les decía mostrando unos papeles, que sacaba del bolsillo, que los maturrangos de la caballería española de Chile corrían la noticia de que sus sables eran de lata porque no podías comprar de acero. Desenvainando el suyo, les daba lecciones sobre su manejo, en lo que era muy diestro. Los soldados, llenos de ardor, imitaban su ejemplo. A los negros les decía que si los tomaban, podían mandarlos a las haciendas de azúcar en Perú, y en cambio aquí serían libres.

Todo esto los llenaba de entusiasmo.

Para probar el temple de sus soldados organizó una corrida de toros y los echó de lidiadores al circo en la celebración del 25 de Mayo. Al aplaudir el arrojo con que se portaron, dijo a O`Higgins que estaba a su lado: “estos locos son los que necesitamos para derrotar a los españoles”.

Para los hombres de corazón se han hecho las empresas, escribe a Godoy Cruz, veo que me dice que la independencia no es “soplar y hacer botellas”, yo respondo que mil veces es más fácil hacer la independencia, que el que un americano haga una botella” ^{17bis}.

Unos tenían las armas y otros daban su dinero y su trabajo y esto, captándose la voluntad de todos con una mano acerada que así acariciaba como comprimía. Necesitaba, además armas, pólvora, vestuarios, equipos y pertrechos en abundancia; todo lo encontró en Cuyo.

Estuvo Fray Luis Beltrán, que se encargó de la maestranza y a quien descubrió con su ojo escudriñador, en el fondo de una celda franciscana.

Una verdadera legión de imagineros se pusieron a tallar los famosos “santos mochileros”, pequeños como para llevar en la mochila y que hizo que cada soldado fuera llevando el Santo de su devoción. Pequeñas obras de arte talladas en madera, aún se conservan algunas para hablarnos de los sentimientos y también del arte de la época.

Para abatanar la tela de los uniformes y hacerla así más gruesa, contó con el conocido Batán de Tejada, instalado en un molino de trigo, movido por agua. En honor a la brevedad, no continuamos al detalle de esta obra de titanes.

Por cierto, es la época de las más grandes pruebas, no solo por sus dolores físicos, sino por esos tal vez más hondos como son los morales, la incompreensión de sus rivales, que lo calumniaban o lo creían incapaz de la hazaña que le espera.

Es lo que Guardini llamó “la tiranía de los mediocres”, que no pueden comprender ni tolerar la grandeza de su alma. Si supo vencer a los tiranos políticos con la espada, tal vez sea la hazaña de igual magnitud, el haber vencido a éstos, con el perdón y el silencio. “Mi corazón se va encalleciendo de tanto soportar agravios”, escribe a Godoy Cruz. Y en otra carta, en 1816: “El tiempo falta, el dinero ídem, la salud mala, pero vamos tirando hasta la tremenda. No sé cómo está mi cabeza, estoy rodeado de miseria, el mes entrante no tengo un cuartillo para dar al Ejército. No me entiendo con tantas mulas, caballos y una infinidad de cosas que me atormentan para que salga el Ejército. Si salgo de ésta bien, como espero, me iré a cuidar de mi triste salud a un rincón, pues esto es insoportable para un enfermo. Pero yo no me fijo en mí, y desde que llegué al país hice el ánimo resuelto de no sobrevivir a la empresa de ser libres”.

Salvo algunos fieles, como Belgrano, Pueyrredón, Godoy Cruz, entre los dirigentes de su época, la soledad será siempre su compañera, pero hay en él una fuerza que sobrepasa todos los obstáculos. Y sabe que sus soldados también la necesitarán, que hay que darle un sentido al heroísmo que debe pedirles; algo que dé trascendencia a sus sacrificios y esperanza en los momentos difíciles. Por eso cuando ya “todo está listo para la de vámonos”, tiene lugar la solemne ceremonia de jurar la Bandera de los Andes, y nombrar Generala del Ejército a la Virgen.

Entrega del mando

Acaso las preferencias de San Martín se inclinaban por la advocación de las Mercedes, como la cita tantas veces en sus cartas, devoción compartida con su gran amigo Belgrano y bajo cuya protección había bautizado a su hija Merceditas (más tarde, su nieta, se llamará Josefa, como su madrina). Pero en el caso del ejército lo sometió al dictamen de su estado mayor, para elegir de acuerdo con la devoción del pueblo. En efecto, “la Virgen del Carmen de Cuyo era venerada en Cuyo desde 1792, en que el clérigo Norberto Ortiz comenzó a celebrar anualmente su festividad y estaba muy arraigado este culto en el pueblo; es lógico que la junta hiciera saber que la Virgen del Carmen había merecido la preferencia” ¹⁸.

El acto debía tener carácter oficial y unir la proclamación de la Patrona del Ejército con la jura de la Bandera, cuya confección solicitó a las damas mendocinas. Es obvio relatar este episodio tan conocido por los mendocinos y que termina, según la carta que lo relata, “a las 2 de la mañana del día 5 de enero Remedios Escalada, Mercedes Álvarez, Dolores Prats de Huisi y Laureana de Olazábal estábamos frente al crucifijo del oratorio dando gracias a Dios por haber terminado nuestra obra, pidiéndole que bendijera aquella enseña de nuestra patria y que la llevara siempre a la victoria”.

“Dada la importancia de la ceremonia, abandonarí Su Excelencia el campo de instrucción con la plana mayor, oficiales y tropas, con la magnificencia y pompa que corresponde a la dignidad de objeto tan santo”, dice el General Espejo, se dice también que el Gobernador Luzuriaga expida un bando para que adornen los frentes, iluminen las casas y en la víspera, haga cada uno lo que inspire su entusiasmo. La calle de la Cañada estaba toda adornada con arcos y ramilletes, como que era plena estación de las flores, el 5 de enero de 1817.

A las 10 de la mañana, el Ejército con uniformes de gala viene desde El Plumerillo a través de las calles adornadas con banderas y guirnaldas de flores, entre las aclamaciones del pueblo y el cantar sonoro de las campanas. Llega a San Francisco, de donde sale la imagen de Nuestra Señora del Carmen, escoltada por San Martín, el Gobernador y su comitiva, van en procesión hasta la Iglesia Matriz, donde, en su sitial cubierto por un tapete de damasco, estaba doblada la bandera sobre una bandeja de plata. Entraron al templo piquetes de los cuatro regimientos y el abanderado, que se colocaron al costado del altar. Después de cantar tercia, San Martín se adelantó, presentó la bandera para que fuera bendecida, lo mismo que su bastón de mando, que era de palisandro con un puño de topacio. Al terminar la Misa sacaron la imagen a un costado de la Iglesia que miraba a la plaza; allí el General le entrega solemnemente su bastón, colocándolo en la mano derecha de la imagen, en presencia de todo el pueblo y hace jurar la bandera, mientras rompían dianas las bandas de música, de cajas y clarines, con la artillería se hizo una salva de veintidós cañonazos y el pueblo daba grandes demostraciones de alegría, escoltando a la imagen hasta su sitio en la iglesia” ¹⁹

Fue un día de fiesta inolvidable para los mendocinos, después de tantos sacrificios; pero sobre todo, dados los tiempos que corrían de influencia anticristiana y de respetos humanos: seguramente debe haber sido también, día de fiesta en el Cielo.

“Es evidente que el General no confiaba solamente en las armas: con mucha anticipación, el 27 de octubre, se dirigía en forma oficial al Gobernador Luzuriaga: “espero que Vuestra Señoría interpondrá sus consideraciones al clero para que dirijan sus preces al Eterno implorando su misericordia y auxilio para el éxito de la expedición. Cada comunidad o parroquia deberá rezar semanalmente una Misa rogando por el triunfo de nuestro ejército, pues hay que emplear el medio más eficaz y poderoso, el de la oración, como homenaje acepto al Dios de los ejércitos”.

Y el gobernador agrega en su decreto, “que como había notado poca concurrencia del vecindario, esperaba que al menos asiste uno de cada casa a hacer oración por el triunfo de nuestro ejército”²⁰.

El 18 de enero comienza a movilizarse el ejército y San Martín escribe a Guido “ruegue a Dios para que nos dé acierto en tamaña empresa”; salen por fin el 25 del mismo mes, bajo el toque de todas las campanas de las iglesias, llamando a la oración. En adelante, durante la hora de las Misas, se pararán las obras públicas, se cerrarán tiendas, talleres, billares y pulperías, para implorar a Dios de los ejércitos, su bendición sobre nuestras armas: el mismo gobernador y miembros de la municipalidad dieron el ejemplo.

En una carta de aquél tiempo se consigna el hecho de que donde quiera que se han presentado nuestros soldados han vencido con fuerzas muchos menores, lo cual sólo puede atribuirse a lo mucho que se ha rezado por ellos: era esa la creencia general.

Libertad de Chile

“Lo que no me deja dormir no son los enemigos, sino el cruzar esos inmensos montes -escribía a Guido- ojalá sea oído por nuestra Madre y nos dé la protección del Cielo, que mira con horror la opresión americana”.

El cruce de los Andes en esas condiciones, es una de las hazañas más grandes de la historia, se lo ha comparado con la de Aníbal o Napoleón, pero los móviles son tan diferentes, que eso no hace más que engrandecer su figura. Después del triunfo de Chacabuco, entra en Santiago de noche para evitar homenajes. Indudablemente ha vencido una difícil prueba: la de la vanidad o el orgullo.

Como debía volver a Buenos Aires el Cabildo le adjudica 10.000 pesos fuertes para el viaje, pero él los destina a una biblioteca pública que no debe llevar tampoco su nombre, sino el de la Municipalidad: “La instrucción es la que hace felices a los pueblos y forma la conciencia de los hombres libres” dice este guerrero que no confía sólo en la espada.

En Mendoza, la noticia llegó cuatro días después traída por el Capitán Manuel Escalada, cuñado del General; las campanas de sus ocho templos estuvieron a vuelo por muchas horas, además de los cañonazos y cohetes voladores que festejaron el acontecimiento. Por la tarde se llevó en procesión a Nuestra Señora del Carmen con el trofeo de la victoria: una bandera tomada al enemigo, a sus pies.

Mientras tanto en Chile, la asamblea de notables ha declarado por aclamación su nombramiento como Gobernador con omnímodas facultades, cargo que declina a favor de O`Higgins como Director Supremo del Estado de Chile.

Viaja inmediatamente a Buenos Aires, pasando por Mendoza para ver a su familia. Para evitar los homenajes, llega de incógnito a la Capital, pero el entusiasmo de todos es desbordante.

No acepta su ascenso a Brigadier General; pues simplemente, asegura, sacrificará gustoso su vida al servicio de la patria. El héroe de las renunciaciones empieza ya a desconcertar a sus contemporáneos.

Sin embargo, no puede evitar el regocijo popular: un baile, un banquete, un cortejo del pueblo. Se colocó un arco triunfal de cuatro frentes, por donde el General debía pasar, y cuatro jóvenes damas, ricamente vestidas de Famas (muy al gusto de la época) le colocaron en la cabeza una corona de flores. Con un gesto severo, casi descortés, pero que repetirá a lo largo de su carrera triunfal, simplemente “se quitó la corona y siguió andando”. French cuenta, un poco sorprendido, este episodio, y sin embargo, es un símbolo de lo que fue su vida, no paladear el triunfo, sino seguir cumpliendo con su deber.

Vuelto a Chile, se le dona una chacra en la vecindad de Santiago para recreo de sus fatigas; esta vez la acepta para destinarla a un hospital de mujeres, y un vacunatorio contra la viruela.

El Estado le regala una vajilla de plata y le fija un sueldo de 6.000 pesos anuales; renuncia a ambas cosas diciendo que “no estamos en tiempos de tanto lujo”. En efecto, vive con austeridad instalado en una antigua residencia de los Obispos; su mobiliario es escaso y su mesa frugal, generalmente carne asada. Pocas horas de sueño, pues sigue levantándose a las cinco de la mañana a comenzar su trabajo. Tiene un oratorio para Nuestra Señora del Carmen en una de las habitaciones, y un capellán, Fray Antonio Bauzá, que le hace a la vez de ecónomo, ya que Remedios, por su delicada salud, ha debido viajar a Buenos Aires a casa de sus padres. El Padre Bauzá, que había sido nada menos que Provincial de su Orden, escribió al General cartas emocionantes, luego que se separaron (después de haber compartido su casa). Le dice el 22 de marzo de 1819: “Yo doy gracias a Dios de haberme hecho Provincial y a V.E. de todo cuanto soy como a mi padre, amigo, protector... jestaré a su disposición hasta mi último suspiro! Aunque el padre Bauzá ciñera la tiara, le sobrarían títulos para recordar la tierna memoria de su amigo, su General, su todo...” 21

Llevaban cuenta estricta de los gastos, con su orden acostumbrado; Mitre se conmueve ante una anotación: “dos pesos con los que se gratificó al que tocó la guitarra en una velada, que estuvo muy animada”. Franco, desenvuelto, elegante e ingenioso, era él, con su fuego interior, lo atractivo de sus tertulias.

Tenía un personal sentido del humor. Había mandado remendar su casaca, ya muy gastada, cuando un realista, para adular al vencedor, regaló al sastre una valiosa pieza de paño de Inglaterra para hacerle una nueva. Enterado el General, que nunca toleró la adulación, mandó hacer con ella siete fracs, con la obligación, para el donante, de ponerse uno cada día y pasar por su casa.

Después de pasar la prueba de la vanidad, le aguarda otra no menos difícil, la del desaliento, con el desastre de Cancha Rayada donde los españoles cayendo por sorpresa diezmaron y desmoralizaron al ejército. Fatigado, más enfermo que nunca, contesta a todos con pasmoso aplomo: “no desesperen, la Patria aún vive y triunfará”. Asombra pensar que desde el 19 de marzo al 5 de abril rehace el Ejército, infunde confianza en sus soldados que triunfan en Maipú. Ante el enemigo probó sobradamente su valor personal, pero ante el desánimo demostró otra virtud más difícil, la del valor moral.

Era necesario ese valor, además de una fe profunda y una voluntad firme: Chile vivía una de las épocas más caóticas de su historia y nadie veía claro el porvenir. O`Higgins, compenetrado con el espíritu de San Martín, hace a la Virgen solemnemente lo que se ha llamado “el voto de O`Higgins”: la ceremonia se celebró en la Catedral el 14 de marzo de 1818, día que se declaró feriado para que todos pudieran asistir. En la plaza mayor formaba el ejército y en la catedral se reunieron las corporaciones y numerosa población. Allí se dio lectura del oficio firmado por todas las autoridades, en el que se reconocía la protección de Nuestra Señora en el difícil paso de la cordillera y el triunfo de Chacabuco. La parte dispositiva tiene dos secciones: en la primera se la declara Patrona y Generala de las armas chilenas y en la segunda, se hace el voto solemne de erigirle un templo en el lugar donde se alcance la victoria final. En honor a la brevedad se omite el texto completo, mezcla de solemnidad, confianza y ternura que emocionan tratándose de un documento oficial y es tal la seguridad de ser escuchados, que se disponen todos los detalles para la erección del templo .

Maipú no fue un triunfo fácil, fue largo y reñido, pareciendo perdida por momentos; en lo más duro del combate llega O'Higgins herido, llevando una pequeña imagen de la Virgen del Carmen; San Martín lo abraza emocionado diciendo que la patria nunca debe olvidar su sacrificio y agrega arengando a los soldados: "estamos seguros de que nuestra Patrona nos dará victoria".

Acallado el ruido de la guerra y en el sosiego de la patria libre, el director O'Higgins dicta en 1818 el decreto para el cumplimiento de la promesa, nombra la comisión para erigir la capilla, y éstos se desviven por hacerlo: el 15 de noviembre se pone la piedra fundamental con la presencia de San Martín, que escucha impasible los vítores de la multitud. La construcción se comienza pero debe suspenderse por falta de fondos; sólo en 1892 se inaugura una modesta iglesia en el lugar.

En 1942 con motivo del Congreso Mariano se renueva la idea que por fin se concreta en 1975, terminando la iglesia.

Cinco días después del triunfo, San Martín decide viajar a Buenos Aires a pesar de lo penoso del viaje y se lo comunica a Pueyrredón, diciendo que sólo quiere descansar en el seno de su familia, pero no "bullas ni fandangos". Pueyrredón insiste en ofrecerle su caballo blanco para que haga una entrada triunfal, pero él llega la noche anterior sin que nadie lo sepa, para abrazar a su esposa y a su hija; luego verá al Director Supremo.

La Gaceta saca entonces un largo artículo: "Los Generales son todos parecidos, sólo los genios tienen sus rasgos propios. El de San Martín es vencer a los enemigos y a sí mismo evitando el poder egoísta y el espectáculo teatral. Su modestia en los aplausos no es menos que su sangre fría en las batallas".

El Congreso le dona una finca que asegure la subsistencia de su hija, a pesar del desprendimiento heroico de su padre, insiste; ese será en efecto, el único ingreso en los largos años de exilio.

Los poetas le dedican versos floridos, el pueblo lo aclama como a héroe de leyenda, los templos se adornan de fiesta para entonar himnos de acción de gracias: pero apenas le es posible, huye de esas demostraciones, viajando a Mendoza con su esposa en los primeros días de julio, para detenerse unos meses allí. Es entonces, cuando entrega el bastón definitivamente, sin ninguna ostentación esta vez; auténtico gesto de amor filial, cumplido en el silencio que envuelve a todo lo grande. Lo acompaña una carta, de su puño y letra, que aún se conserva: "La decidida protección que ha prestado al Ejército su Patrona y Generala, nuestra Madre y Señora del Carmen, son demasiado visibles.

Un cristiano reconocimiento me estimula a presentar a dicha Señora el adjunto bastón como propiedad suya y como distintivo del mando supremo que tiene sobre dicho Ejército".

Chacabuco, Cancha Rayada, el difícil triunfo de Maipú, han quedado en el secreto de Dios, como también la parte que tuvo la Virgen en las dimensiones de su grandeza; sólo la frase lacónica, pero llena de sentido, del soldado: "la decidida protección... es demasiado visible".

Desobediencia genial y libertad del Perú

Corre el año 1820 y el país comienza su triste periodo de anarquía; después de muchas reflexiones que minan aún más su salud, prevalece su repugnancia ante las luchas entre hermanos, y decide dar como un salto en el vacío rompiendo con su gobierno porque sabe que se debe a su misión.

Desde Valparaíso, antes de embarcarse, manda un manifiesto a las Provincias Unidas para llamarlas a la reflexión y dar el motivo de su desobediencia: una de las últimas manifestaciones de amor a la patria, comenta Rojas.

El triunfo de Chile, unido a su extraordinaria obra de sacar un ejército prácticamente de la nada en una pequeña provincia sin recursos, convence a sus compañeros de armas que es el hombre insustituible para hacer la campaña del Perú; no se encuentran fácilmente unidas las dotes de mando, voluntad inquebrantable y sobre todo, ese magnetismo personal que fue uno de los factores de sus triunfos. O'Higgins traduce un sentimiento general cuando le escribe: "El bien más grande que puede hacer Ud. a esos pueblos es regirlos: se economizará mucha sangre que la anarquía no tardará en derramar". Y fue así: sorteará abismos y ganará batallas por medios incruentos.

Opera diestramente sobre el Perú desde Chile, procurando el apoyo de la opinión pública; dice Palcos que, en la lista de sus difíciles hazañas, está la de haberlo gobernado antes de ocuparlo oficialmente, tener en ascuas a las autoridades virreinales, sin pisar un palmo de su territorio.

Ya en 1818 se dirige a todos los habitantes del Perú con ideas grandes y generosas que le ganan gran parte de la opinión: les habla de la unión de los americanos para vivir en paz y libertad, terminando: "No hay revolución más santa en su fin, más necesaria a los hombres, ni más augusta en la unión de tantas voluntades y brazos". Otra forma hábil de su campaña fueron los agentes secretos que le daban información sobre la situación, fuerzas y disposición de los habitantes. Gesta quizás única, la de gobernar al país desde Chile, sin teléfonos, ni ningún medio acortador de distancias: es el hábil manejo del arma psicológica (anticipándose a lo que hoy parece tan obvio) y con eso disminuyó la gran desproporción de las fuerzas beligerantes: sólo tenía cinco mil soldados y los españoles veintitrés mil. De este modo tomó posesión espiritual del país antes de hacerlo de hecho, evitando gran derramamiento de sangre ²³.

En 1820, apenas desembarca en la bahía de Paracas, dirige una proclama al pueblo: no ha venido a conquistar sino a libertar; no quiere desbordes ni ultrajes, por eso habrá severísimas penas para quienes atenten contra la moral y buenas costumbres. Dice también a sus soldados: "Acordaos que América toda os contempla y espera que acreditéis el coraje y honor que os ha distinguido siempre".

Cuando fracasan sus negociaciones con el Virrey, manifiesta: "he abierto la campaña sin temor, aunque con gran sentimiento. Hasta aquí no me ha sido adversa la suerte de las armas, pero los males de la guerra han afligido siempre mi corazón, porque no busco la victoria para

satisfacer miras privadas, sino por la independencia de los pueblos y cumplir los deberes que me he impuesto”.

Siguen negociaciones y algunos combates; el Arzobispo Las Heras permanece en la ciudad, y San Martín le escribe desde la Goleta Sacramento: “Los sentimientos de religión y humanidad que respira vuestro oficio, han desahogado mi espíritu: porque un prelado que va a dar cuenta a Dios del depósito que le confió, vive inquieto para acreditarle que lo ha custodiado”.

Pide al Arzobispo su colaboración para evitar desmanes “Me ha consolado saber que V.E. permanecerá en la Capital, escudo santo contra la tentativa de licencia a la que está expuesto ese digno pueblo. Mis acciones no han desmentido mis promesas porque traicionaría mis sentimientos: habrá Ud. observado la protección que he tributado a nuestra Santa Religión, sus templos y sus ministros”. Le responde el Arzobispo: “Los que han visto el mal que pudo Ud. hacer y no lo hizo y la piadosa consideración a los templos y sus ministros, han confirmado la idea de los sublimes virtudes que adornan a la persona de V.E.” 24

Cuando más tarde el Arzobispo decide retirarse de Lima, le escribe al Libertador una carta personal: “he sentido no poder dar a Ud. un abrazo antes de mi partida, y ratificarle mi buena voluntad... en señal de nuestra recíproca amistad, le pido me acepte de mi parte una carroza y un coche que se entregarán a Ud., juntamente con un dosel de terciopelo y dos sillas que pueden servirle para los días de etiqueta; además de una imagen de la Virgen de Belén, que ha sido mi devoción. Créame que lo encomiendo diariamente a Dios: jamás olvidaré las demostraciones de afecto y consideración, y seré en todas partes y ocasiones su más apasionado amigo y capellán”.

Mientras tanto, el Ayuntamiento se declara a favor de la independencia: como es ya su costumbre, entra en Lima de noche después de su triunfo. Sigue luego un brillantísimo acto el 28 de julio, que fue tal vez uno de los días más felices de su vida, al ver cumplido el objetivo que se propuso muchos años atrás, al dejar España, y evitando derramamientos de sangre. A él le ha costado esfuerzos, sacrificios, pérdida de salud... pero ha sido fiel a su lema de juventud: serás lo que debas ser o si no, no serás nada.

Basil Hall, marino inglés, presente en este acto relata: “Al principio tuvo un ligero movimiento de impaciencia, como si no se perdonara a sí mismo el prestarse a una escena de aparato, pero pasó como si el hombre diera lugar al General: entonces recobró su acostumbrada serenidad y paseó una mirada benévola por todos los que le rodeaban” 25.

Entre los primeros actos de gobierno figuran: dar libertad a los hijos de esclavos, abolición de la pena de azotes, prohibición de que se injurie a los españoles, clausura del museo de la inquisición, que contenía las más torpes calumnias a la Iglesia, fundación de la biblioteca de Lima. Consagra la libertad de imprenta diciendo que los periódicos pueden circular libremente, pero: “A quienes abusen de esa libertad y atacan la moral pública, la religión o incitan a la rebelión o actos traidores, los somete a juicio de una junta conservadora de la libertad de imprenta”. Sabio criterio que regula el verdadero uso de la libertad.

Fiel a sus principios en todos los demás actos de gobierno que sería largo enumerar (titánica obra que hace en catorce meses, lo que para otros sería cosa de muchos años, dice Alberto

Palcos), se hizo querer profundamente por los peruanos, que aún hoy conservan un gran retrato suyo en la sala de audiencias del Cabildo. Las damas de Lima le obsequiaron una gran colcha de raso de seda, toda bordada por ellas, que San Martín trajo a Mendoza y obsequió a su comadre, Josefa Álvarez Delgado y que hoy se conserva en el Museo San Martín de Mendoza.

Ante su renuncia indeclinable, a pesar de la insistencia de los peruanos para que se quede, le regalan también el estandarte de Pizarro.

En 1821 ha promulgado el Estatuto Provisional, cuyo artículo 1º establece la Religión Católica, Apostólica, Romana, como religión del Estado, reconociendo el gobierno como uno de sus primeros deberes el mantenerla y conservarla por todos los medios que estén a su alcance. Cualquier ataque público o privado a sus dogmas o principios será castigado con severidad. Artículo 3º, nadie podrá ser funcionario si no profesa la religión del Estado.

Respecto a este artículo cabe recordar que en el Piamonte durante 1821, las logias masónicas comienzan a actuar y existe un caso similar: Carlos Alberto de Carignano, nombrado regente de Saboya, quiere adoptar la constitución española, pero debe suprimirle la cláusula declarando la religión católica como del Estado, por imposición de la masonería, que lo llevaba al poder²⁶.

¿Y la masonería?

Lo anteriormente dicho bastaría para probar que San Martín no fue masón; separado del gobierno de Buenos Aires a raíz de su desobediencia genial, no se hubiera atrevido a promulgar ese artículo, ya que su único sostén era la Logia Lautaro.

Esta Logia a la cual perteneció era puramente política, sin ninguna de las prácticas antirreligiosas que se atribuyen a la masonería. Lo prueba el hecho de no figurar en ningún registro de ella, y también la opinión autorizada de quienes lo fueron. Dice Mitre: “Las Sociedades Secretas formadas por sudamericanos con tendencia a la emancipación de América, se asemejaban mucho por su organización y propósitos políticos a las Carbonarias, calcadas sobre los ritos de la masonería, pero no tenían de ellas más que sus fórmulas y sus símbolos. En la Lautaro los fines eran: trabajar por la independencia americana, y no reconocer por gobierno legítimo sino el elegido por la libre voluntad de los pueblos. Mala como organismo político, contrariaba las individualidades con una ciega disciplina... cuando alguno de los hermanos era elegido para el supremo gobierno de un Estado, no podía tomar por sí resoluciones graves sin consultar a la Logia”. ¿Habría permitido una Logia antirreligiosa ese artículo 1º del Estatuto Provisional? ¿O el nombramiento de Generala y la entrega del bastón de mando a la Virgen? ¿Y si por el contrario, estos actos públicos tuvieron por fin congraciarse con el pueblo católico, qué sentido tendrían esos otros privados, como el bautismo de su hija, la manda de Misas o su Oratorio en Chile? Mitre al escribir su historia, consultó a Zapiola, uno de los fundadores de la Lautaro y éste respondió que “fue una sociedad política secreta, no masónica por el catolicismo de San Martín, O’Higgins y otros miembros”. Aún más, según Vicente Acuña el juramento de la Lautaro era “defender la patria unido a los hermanos americanos y confesar la fe Católica, Apostólica, Romana”.

La idea de formar la Logia, dice Ricardo Rojas, la trajo San Martín de Europa, en su viaje con Zapiola y Alvear. Sus propósitos fueron: fortalecer la autoridad, organizar la opinión pública, disciplinar la milicia (recordemos su antigua aversión al desorden y la anarquía), propagar la emancipación americana.

Las derrotas militares y la anarquía de los partidos convencieron al General sobre la conveniencia de una asociación secreta, no de principios masónicos, sino inspirada en sus métodos. La Lautaro fue autónoma y tuvo el sello personal de San Martín ²⁷.

Y Sarmiento que era masón, declara: “Cuatrocientos hispanoamericanos de toda la Península se entendieron para formar una sociedad secreta conocida como Lautaro. Para guardar tan comprometedores secretos, debieron revestirse de fórmulas, grados, signos de las sociedades masónicas, pero no eran una masonería” ²⁸.

Por si fueran pocos estos testimonios, podemos pensar que su acogida en Europa cuando se vio obligado a dejar la patria, pobre y olvidado, no fue la que se reserva a un miembro de la masonería internacional.

“Nada mejor para terminar con los falsos argumentos vertidos por historiadores, masones o no, que sustentan tamaña temeridad y mentira histórica, que la información dada por la misma fuente de la masonería mundial: la Gran Logia Unida de Inglaterra, bajo cuya jurisdicción, según los falsarios de nuestra historia, actuaron principalmente las logias y los próceres sudamericanos, a quienes atribuyen filiación masónica”.

“Cabe acotar que esta Gran Logia es considerada por todos los masones, como la Gran Logia Madre del Mundo y en sus registros consta toda la información relativa a los hermanos masones de todos los países vinculados a ella, incluida la Argentina. Pues bien, el 21 de agosto de 1979 respondieron a la carta que se les envió consultándolos al respecto que 1) La logia era una sociedad secreta política, fundada en 1812 y no tenía relación alguna con la francmasonería regular; 2) la logia mencionada jamás apareció anotada en el Registro o en los archivos ni de los antiguos ni de los modernos, ni de la Gran Logia Unida de Inglaterra: no hubieran sido reconocidas como masónicas en este país entonces ni posteriormente; 3) que el General Don José de San Martín, de acuerdo a nuestros archivos, nunca fue miembro de logias bajo la jurisdicción de la Gran Logia Unida de Inglaterra; 4) Nunca han existido medios legales para prohibir que extranjeros en Inglaterra como una invasión de su soberanía territorial, y las logias así creadas no serían reconocidas como regulares ni se permitiría a sus miembros concurrir a las logias inglesas, o que los masones concurrieran a aquellas”.

“Como podría suponerse que por una extraña razón el General San Martín lo hubiera hecho con las logias de Escocia o Irlanda, también fueron consultadas y respondieron negativamente. Tampoco puede inferirse que se hubiera incorporado a una logia de Francia o de Holanda porque en esa época estaban bajo el poder de Napoleón y no era concebible que nuestros prohombres se expusieran al furor del gobierno inglés” ²⁹.

Últimos años

Asegurada la libertad del Perú, lo vemos en la entrevista de Guayaquil, haciendo un acto de desprendimiento único en la historia, que salva la belleza moral de la epopeya de la libertad americana; evitando los celos, las pequeñeces, el derramamiento de sangre. Esta aparente derrota es el mayor de sus triunfos: el de vencerse a sí mismo como lo ha hecho tantas veces, pero ahora su renuncia en la cumbre de sus éxitos, tiene más valor. Sabe, además, que no será comprendido y que es necesario su silencio para no disminuir la figura de Bolívar. La posteridad lo ha juzgado; así habla de él un historiador peruano, Paz Soldán, a quien cita Palcos en su obra ya citada: “Declaramos ante el universo que San Martín es el más grande de los héroes, el más virtuoso de los hombres públicos, el más desinteresado patriota, el más humilde en su grandeza a quien Perú, Chile y las Provincias Argentinas deben su vida y su ser político”.

En 1823 vuelve a Buenos Aires. Durante el gobierno de Rivadavia llega el Nuncio Papal acompañado por el Cardenal Ferretti, futuro Papa Pío IX; ante la actitud del gobierno que los ignora, es San Martín quien los desagravia, visitándolos dos veces. “El General visitó al Nuncio haciendo mucha exhibición de cordialidad y muestras de afecto” dirá el Papa en su diario.

Viene luego el exilio y se lo cuenta a su amigo Chilaber: “Mi principal objeto es estar dedicado a prepararme a bien morir (no como Ud., sino como un buen cristiano)” ³⁰.

Parte con su hija Merceditas, dejando en una sencilla tumba a quien fuera su esposa y amiga. Para unos días en Montevideo: y de allí tenemos el testimonio de Francisco Gómez, hermano del Héroe de Paysandú, que dice en sus memorias: “Era San Martín muy religioso, lo vi varias veces en la iglesia matriz, sobre todo los domingos, en lo que concurría infaltablemente”.

A su paso por Roma, es visitado por el Papa y tiene una larga y cordial entrevista; aún se conserva la humilde casa donde se realizó: residencia de ese General que había libertado a medio continente y que era el comentario de muchos por lo austero de su vida ³¹.

Por último se instala en Boulogne Sur Mer: largos años de soledad con la consoladora compañía de Merceditas, que hacía honor a su patrona la Virgen, por sus virtudes. Vivió con la austeridad de un anacoreta, dice Vicuña Mackena que lo visitó, “su hija había cambiado para él su hogar de soldado en un santuario”.

Sigue a pesar de la distancia, todos los acontecimientos de su amada patria en una correspondencia bastante abundante. Y una vez más la nobleza de su corazón cristiano le hace escribir a Guido: “no soy dueño de olvidar injurias, eso es cuestión de memoria, pero al menos sé perdonarlas, porque eso depende del corazón: gozo de una paz que doce años de revolución me hacían desear”. Anotado a renglón seguido uno de estos agravios que debió herirlo vivamente: “Ignora usted por ventura, que en el año 23, cuando por ceder a las instancias de mi mujer de venir a darle el último adiós, resolví en mayo venir a Buenos Aires, se apostaron partidas en el camino para prenderme como un facineroso; lo que no realizaron por

el piadoso aviso que se me dio". Y termina: "que Dios lo libre de morir en pecado mortal, son los votos de su viejo amigo" ³².

Nace en exilio su nieta Josefa, hija del matrimonio de su hija con Mariano Balcarce, quienes siguen viviendo con él; su yerno nos ha dejado estas palabras para retratarlo: "Aún cuando dicen que nadie es grande para su ayuda de cámara, el General San Martín era una excepción a la regla. Cuan más íntimamente se le conocía, mayor admiración y respeto inspiraban la rigidez de sus principios, la afabilidad y sencillez de su trato y su virtud cristiana".

En esa época su gran amigo es el abate Bertin, que probablemente fue su confesor; en sus conversaciones siempre recomendaba el respeto a la moral, buenas costumbres y tradiciones: se lamentaba de los reformadores con el pretexto de corregir abusos, trastornan en un día el estado político y religioso de los países.

Y con esa serenidad con que había vivido, enfrenta el momento supremo: "En el nombre de Dios todopoderoso, a quien reconozco como hacedor del universo..." así, escueto como los partes de sus batallas, escrito en una cuartilla de papel, ya que no tenía fortuna material para legar, comienza su testamento aquel que es ejemplo para los argentinos. Al morir tiene un Cristo entre sus manos y otro preside su velatorio, donde dos hermanas de la Caridad rezan por su alma; ellas lo habían asistido en su última enfermedad, hasta que llegó la imprevista muerte.

El cortejo fúnebre, sencillo como fue su vida, se detuvo en la Iglesia de San Nicolás para recibir las últimas oraciones y sus restos fueron depositados en la Catedral de Boulogne, donde descansaron hasta ser repatriados.

A medida que pasa el tiempo, se agranda la figura de nuestro héroe máximo: grande en las batallas, lo que fue en toda su vida, tanto en la vida privada como en la pública; jamás cayó en la pequeñez, la mediocridad o el doblez. Tuvo un ideal que rigió su vida, al que supo ser fiel ante la adversidad y también en pleno triunfo, al retirarse heroicamente en Guayaquil. En ese ideal estaba también comprendida su fe, ya que como lo sintetiza en una de sus cartas, él pensaba que "Dios ve con horror la opresión americana". En el ideal rector de su vida, Dios y Patria estaban unidos.

Muy bien lo expresa Leopoldo Lugones: "Querer ser como Francia, Estados Unidos, Rusia, es no llegar a ese nunca, equivale a ser colono perpetuo, la adopción de la servidumbre. No hay más que un modo, y es ser como se es. Así lo dejó sentado nuestro Gran Capitán, aquel que infundió a la patria la animación inmortal en el soplo de la gloria. Un militar, señores míos, un militar devoto de la Virgen, por añadidura" ³³.

**“Danos, Señor y Padre de las luces,
Que vives en eternas alegrías,
Habitar con la Reina de los cielos,
Virgen María. Amén”**

BIBLIOGRAFÍA

- 1- ROJAS, Ricardo. El Santo de la Espada. Librerías Anaconda. Talleres Gráficos Rosso. 1993. Epílogo pág. 518.
- 2- Cardenal SUHARD. La Iglesia hoy.
- 3- Mitre, Bartolomé. Historia de San Martín. Félix Lajouane Editor. Bs. As. , Cap. IV. Apéndice Nº 5 carta del 6 de abril de 1814. Pag. 218.
- 4- OTERO, José Pacífico, Historia de San Martín. Ed. Círculo Militar Argentino, 1944. Tomo V.
- 5- FURLONG, Guillermo. El General San Martín. Ediciones Teoría. Bs. As., 1963, pág. 18.
- 6- BRUNO, Cayetano. Historia de la Iglesia en la Argentina. Ediciones Don Bosco. Bs. As., Vol. VIII, pág. 390.
- 7- Instituto Nacional Sanmartiniano. Documentos para la Historia de San Martín. Tomo 1, documento 105, pág. 406.
- 8- Coronel PUEYRREDÓN, Manuel. Memorias. Ed. Kraft, 1947, pág. 79.
- 9- MITRE, Bartolomé. Op. Cit, Tomo 1, Cap. III, pág. 142.
- 10- P. GREÑON. San Martín y Córdoba. Ed. A. Santamarina. Córdoba, 1935, pág. 69.
- 11- GUEVARA, Juan Ramón. “San Martín, enfermo ilustre”. Revista de la Junta de Estudios Históricos. Mendoza. 2ª época, Nº 10, págs. 111-118.
- 12- ZAPATA, José Vicente. Carta autógrafa en poder de sus descendientes.
- 13- MITRE, Bartolomé. Historia de San Martín. Tomo I, Capítulo IX, pág. 448, cita Doc. Del Archivo Gral. 1815.
- 14- ZURETTI, Juan Carlos. Historia Eclesiástica Argentina. Capítulo VII. También ESPEJO, Gerónimo. El paso de los Andes. Bs. As., págs. 313-318.
- 15- FURLONG, Guillermo S. J. El General San Martín. Op. cit., 34, Nº 9.
- 16- Archivo de la Nación Argentina. Documentos referentes a la guerra de la independencia y emancipación de la República Argentina. Bs. As., pág. 442.
- 17- Oficio de San Martín del 21 de octubre de 1816, publicado en “La Gaceta”, Nº 80 del 9 de Nov. De 1816. Cit. por MITRE, Bartolomé. Historia de San Martín. Tomo I, Cap. XII, pág. 562.
- 17 bis- MISTRE, Bartolomé. Op. cit., Tomo I, Cap. 12, pág. 548.
- 18- BRUNO, Cayetano. Historia de la Iglesia Argentina. Op. cit., Capítulo II, pág. 335.
- 19- ESPEJO, Gerónimo. El paso de los Andes. Pág. 483.
- 20- BRUNO, Cayetano. Op. cit., Capítulo III, pág. 341.

- 21- FURLONG, Guillermo S.J. Op. cit. Nº 16, pág. 47.
- 22- BRUNO, Cayetano. Op. cit., Capítulo IV, pág. 355.
- 23- PALCOS, Alberto. San Martín, gobernante del Perú. Separata de Actas del Congreso de Historia del Libertador San Martín. Mza., 1953, págs. 486-487.
- 24- BRUNO, Cayetano. Op. cit., Cap. V, pág. 370. Cita Documentos de Archivo de San Martín XI, pág. 476.
- 25- PALCOS, Alberto. Op. cit., pág. 495.
- 26- WAST, Hugo. Las aventuras de Don Bosco. Editorial AOCRA, 1975. Capítulo VIII: Los Carbonarios. Págs. 118-119.
- 27- ROJAS, Ricardo. Op. cit., Cap. V, pág. 69.
- 28- SARMIENTO, Domingo Faustino. El General San Martín. Galería de Celebridades, Buenos Aires, 1857.
- 29- CUCCORESE, Horacio Juan. San Martín, catolicismo y masonería. Instituto Nacional Sanmartiniano. CHINDEMI, Norberto. Función Política de la Historia. San Martín, pensamiento y acción. Las logias. Tomo III. Gran Logia Unida de Inglaterra, Logia Quetuore Coronati. Gran Logia de Irlanda y Gran Logia de Escocia. Pág. 160 y ss.
- 30- FURLONG, Guillermo S. J. Op. cit. Nº 32, pág. 84.
- 31- BRUNO, Cayetano, Op. cit., Capítulo VI: La religiosidad de San Martín, pág. 402.
- 32- BRUNO, Cayetano. Op. cit., Cap. VI, pág. 395.
- 33- LUGONES, Leopoldo. Rehallazgo del país.